EL TRAIDOR

Todo comenzó en el hall de entrada de Ferro. Yo recién me había hecho socia del club, pero mi amiga del alma ya conocía a todos los chicos allí reunidos.

Los que están acostumbrados a mi actual desparpajo, no me creen cuando les digo que me puse colorada cuando María me lo presentó. Y cuando digo colorada no estoy describiendo unas mejillas sonrojadas. El fuego era tal, que era imposible todo intento de disimulo, ante él y ante todos los demás. Lo cierto es que, con alunas artimañas, terminó siendo invitado a un asalto organizado por una compañera. Fue allí donde conocí lo rico que es un beso cuando se está enamorada.

Muchas veces nuestro punto de encuentro era la Confitería “El caballito”. Cuando paso por esa esquina se me cierra la garganta al ver que ya no existe y que pusieron otro negocio en su lugar.

No recuerdo nuestros diálogos, pero pasábamos horas tomando algo, tanto allí como en el bufete del club, un enorme salón en donde los grupos de adolescentes calentaban sillas gastando lo mínimo indispensable.

No todo era conversaciones, el espacio de pelota paleta, siempre menos iluminado y concurrido, era uno de los más adecuados para ir a besarnos.

Pero nada superaba las escaleras de madera del puente del Ferrocarril Sarmiento. Se llenaban de parejitas todas cómplices en esas hermosas prácticas adolescentes.

Cuando cumplimos un mes estrené mi Robert Lewis piel de durazno y la remera de mangas acampanadas. Me sentía una reina viajando en el 180 con mi pelo lacio (conseguido con horas de toca) y mis plataformas al tono tapadas por el ancho del Jean.

Nos encontramos en la puerta de la galería Stella Maris . Me regaló una cadenita de plata con la inicial de mi nombre, que es la misma que la de él. Todavía la conservo.

Fue mi amor adolescente, hasta que se le cruzó “esa” en el camino. Sufrí mucho, era mi primer desencanto.

Fueron novios todo el secundario y pensaban casarse. No supe más de ellos.

Yo seguí recorriendo amores y desamores; el Parque Rivadavia, en ese momento libre de rejas, es testigo de algunos de ellos. Me casé con otro hincha de Ferro y tengo dos hijos verdolagas. Pobres, ellos no pudieron vivir la gloria del Ferro de Carlos Timoteo, pero igual lo siguen fielmente. Si hasta los dieciocho años de uno de ellos lo festejamos en “El Viejo Buzón”, en donde comimos unas pizzas riquísimas, escuchando música en vivo y rodeados de fotos de jugadores, escudos y camisetas de Ferro.

Hace unos años me lo encontré, por casualidad, en la confitería Sócrates, en la esquina de Puan y Pedro Goyena, una de las calles más lindas de Caballito.

Estaba yo sentada esperando mi café, cuando levanto la vista y veo entrar a un hombre que me resultó conocido y que en cuanto me vio se dirigió a mi mesa con una sonrisa.

-Hola. ¿Te acordás de mí?

Era él. Mi primer amor…pero no era como él. Dos entradas profundas, que en poco tiempo abarcarían toda su frente, suplantaban su cabello morocho, siempre cortito pero espeso. Su cuerpo, antes delgado y flexible, era ahora macizo y con un vientre insipiente. ¿Cómo no entender a Penélope?

-¿Miguel?

-Sí, él mismo

-¡Hola! ¡Tanto tiempo! ¿Cómo estás?

-¿Estás esperando a alguien? ¿Me puedo sentar?

No se para qué preguntó porque cuando le iba a contestar ya lo tenía frente a mi llamando al mozo.

-¿Qué es de tu vida? Estás muy linda no se te nota el paso del tiempo.

Mentiroso, pensé, pero le contesté:

-Gracias. Y le conté a grandes rasgos mi estado actual en ese momento.

-¿Vos? Y ahí no paró de hablar hasta que lo interrumpí

-¿Te casaste con Sofía?

-No. Teníamos hasta el departamento, pero era tan celosa que me vio hablando con una compañera…

-¡Y te dejó! Dije, no sin cierto placer.

-Si, y bla bla bla…

Volví a interrumpirlo, lo único que me faltaba era escuchar sus problemas con “esa”

-¿Seguís siendo socio de Ferro?

-No, como la familia de Sofi es de Vélez y yo me llevaba muy bien con ellos, me cambié de club. Soy fanático sigo yendo a la cancha con mi ex cuñado.

-¿Me estás diciendo que de Ferro pasaste a Vélez?

¡Traidor! Justo a Vélez, nuestro rival histórico, pensé mientras sorbía un trago de jugo de naranja.

-¿Por ella? ¿Y te dejó quedándose con el departamento?

-Si…

Me miraba perplejo. No me había dado cuenta que me estaba riendo a carcajadas.

No suelo regocijarme con la desdicha ajena, pero a un traidor no se le tiene compasión.

-Bueno, me tengo que ir, dije al tiempo que me levantaba. Por supuesto dejé que él pagara lo que consumimos.

-Me gustaría volver a verte, con más tiempo, podríamos pasarla bien…

-No creo, buscame en Facebook, le contesté, para que no me pidiera el número de teléfono, al tiempo que descubría la coronilla pelada detrás de su cabeza.

Salí de la confitería y absorbí todo el aire. Triunfante. La arboleda de Pedro Goyena me pareció más verde y brillante que nunca. Mientras seguía sonriendo me acordé de una frase de un personaje de Oscar Wilde en su célebre novela “El Retrato de Dorian Gray”: “El único encanto del pasado, es que ha pasado”

PD: Los personajes de este relato son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia...

Alicia Sánchez

2020-02-05